



...le devuelve también estos brillantes, que no puedo ni llevar ni conservar.

su carácter y que veré con envidia al hombre honrado que ponga su mano entre las de usted.

Y cuando salió, á pesar de la sequedad característica de los hombres de ley, vertió una lágrima.

## XXVIII

### UN RAYO DE LUZ

PASARON unos días en completa calma. Fué como un rayo de sol entre dos tormentas.

A Germana le acometían á veces palpitaciones de corazón pensando en la primavera pasada y en sus flores marchitas; pero se había entregado á su vida de siempre.

Por la mañana llegaba fresca y risueña; tan elegante como sencilla, y más amable é indulgente para los demás, como si se quisiera hacer perdonar su falta.

El duque no la había escrito. Tampoco oía hablar de él. Repetidas veces había pasado por delante de su hotel, cuyas ventanas estaban cerradas, indicando que los amos se hallaban ausentes.

Un día leyó en un periódico de la mañana que el duque se marchaba con la duquesa de Rochebonne á Milán, donde pensaban dar en el palacio de Trani grandes fiestas para celebrar el casamiento de Marietta con el príncipe Nicolás Pradine.

Esta noticia le produjo gran bienestar. Temía verle volver, aunque se sentía bastante fuerte para rechazarle. Pero ¿no había tenido ya una vez

esa confianza temeraria? Los acontecimientos se encargaron de demostrarle su debilidad.

Volvía á estar serena como antes.

El señor Bouret seguía dirigiéndole cumplidos.

El señor Labievre no la abordaba sin decirle alguna frase melosa como un epitalamio.

—Señorita Germana, la alegría ha florecido en sus labios de rosa.

Ó bien:

—¿El sol ha disipado los nubarrones?

El señor Perrolet se envalentonaba. Estaba decidido á tomar una resolución.

Dentro de algunos días quemaría sus navés. Se encontraba muy valiente.

Sólo Josselin preocupaba á Germana.

El cajero, aunque parecía absorto en sus funciones, no perdía una ocasión de lanzarle un sarcasmo siempre que pasaba por su lado.

La repetía una á una las palabras del telegrama, hiriéndole con ellas en mitad del corazón.

En vano trataba de parecer indiferente ó hacía que no le oía.

Jamás le contestaba ni levantaba los ojos hacia él. Hubiera querido tratarle como á un extraño y obrar como si no existiera. En el fondo le tenía más lástima que cólera. Se decía que si el saboyano había envejecido, era por culpa suya; había sido ligera, y el odio que la demostraba con esas injurias no era quizá más que un exceso de amor.

Tenía razón.

Pero aquel amor salvaje era además un deseo exasperado por la continua presencia de muchacha tan esbelta y graciosa, y tan á propósito para inspirar una pasión indomable.

En vano evitaba todas las ocasiones de contacto con él.

El servicio los reunía constantemente. Estaba obligada á conducir los clientes á su Caja, y no se atrevía á pedirle al señor Perrolet, que se hubiera apresurado á complacerla, que cambiara de puesto á Josselin, á quien hubieran podido colocar en el otro extremo del bazar.

Temía perjudicar al desgraciado que tanto sufría por ella, y también temía que Josselin provocase una escena escandalosa; y, al fin y al cabo, era dueño de un secreto que no quería que descubriese.

Varias veces el cajero la había pedido un momento de conversación; pero había hecho que no le comprendía, y para no encontrársele, cuando salía de la tienda al mismo tiempo que él, tomaba un coche ó se marchaba á su casa por sitios no acostumbrados.

Esperaba que el tiempo calmaría esta fiebre, y que su indiferencia, más aparente que real, vencería á su perseguidor de la inutilidad de sus amenazas y de sus súplicas.

Hacia el mes de Octubre, Josselin, durante algunos días, suspendió sus hostilidades y estaba más tranquilo. Sus palabras eran menos amargas.

Es que había tomado una resolución definitiva.

Un día que no fué al Bazar de San Germán, con pretexto de una indisposición, la esperó en la puerta de su casa.

Era la víspera de una fiesta que daba el señor Bouret al comercio de París, un concierto y luego baile.

Esos días los almacenes se transforman como por encanto en salas de espectáculo, y se podía

asegurar que habría pocos soberanos que pudiesen recibir en salones tan hermosos á sus invitados.

El señor Bouret había enviado las tarjetas de invitación señalando la fiesta para el 20 de Octubre.

Josselin aparecía sombrío y abatido.

—¿Quiere usted concederme un momento de atención? Este momento decidirá de mi vida.

—Vaya usted á casa; yo también deseo hablarle. Su situación y la mía son intolerables.

Le condujo á su cuarto; pero antes advirtió á la portera que estuviera con cuidado por si llamaba.

—Es un pobre muchacho que está loco. Desea hablarme y no puedo negarme.

Quería sobre todo que la señora Pellerin no supiera que era una mujer capaz de recibir á otro hombre inmediatamente después de Rochebonne.

En el cuarto de Germana, donde Josselin entraba por primera vez, se apoderó de él un temblor convulsivo. Le sacudía la emoción, como á una hoja una tormenta. Le brillaban los ojos con un resplandor febril y le castañeteaban los dientes.

Germana, muy asustada, le preguntó con dulzura:

—¿Qué tiene, Andrés?

—Nada. Pasaré en seguida. ¿Quiere usted darme un vaso de agua?

Se lo bebió de un golpe.

—Estoy ardiendo...—dijo llevándose la mano al pecho.

Entonces empezó su historia, es decir, sus quejas.

—Si quiere usted saber cuánto he sufrido desde hace dos meses, míreme, Germana.

Tenía el rostro completamente cambiado.

—No tengo más que veintiocho años, y represento cincuenta.

Le explicó todo lo que había hecho.

—La he seguido, he ido pisando sus talones. La he visto con Rochebonne. He sabido día por día todo lo que hacía usted. Había previsto lo que ha sucedido. Otra persona me advertía, una mujer sin duda que la aborrece á usted, como yo aborrezco al duque, ese bandido que se apoderó de usted para abandonarla, para reirse de usted después. En efecto, la ha dejado. En el primer momento me alegré de su desgracia, tuve alegrías locas al saber que debía usted sufrir tanto como yo. Hice mal. No hay que desear el mal de nadie. La muerte es menos cruel. Escúcheme, Germana: lo que tengo que decirle es una bajeza, lo sé. Pero me es imposible vivir sin usted. Devuélvame su amistad, borremos el pasado, ¿quiere?

—Es demasiado tarde—dijo ella.—He cometido una falta, no lo niego; pero no me la perdonará usted nunca. La vida entre los dos sería un infierno. Sea justo y compéndalo.

—No. Sólo exijo una cosa. Devuélvame todo lo que la ha dado.

—Ya ve usted que me desprecia demasiado para que sea su mujer, puesto que me cree capaz de aceptar dinero de ese hombre.

Entonces él la enseñó el telegrama de la duquesa:

*¡Tralasciata, libera, ricca!*

Sonrió amargamente.

—Italiana también—dijo ella con desprecio.—

Una carta anónima, y cree usted en ella. ¡Siempre la venganza odiosa! No la conozco; no somos del mismo país. Decididamente veo, Andrés, que no hemos nacido el uno para el otro. Créame, olvidemos estas locuras. Sea usted libre. Respecto á mí, puesto que ese enemigo desconocido me concede esa gracia—*libera*,—quiero conservar la ventaja. No me casaré nunca, y nadie tendrá el derecho de pedirme cuentas del pasado ni del presente.

Al decir esto le miró.

Seguía sentado, con los dedos crispados en la butaca. Vió ella la cólera que le dominaba, pero siguió impassible.

—Compréndame, Andrés. Yo no soy la causa de esa pasión que cree usted tener por mí. Si otras veces, al ver que era usted feliz con una palabra ó con un encuentro, no se los negaba, era que me conmovía el honor que me hacía al ofrecermé un apellido, á mí, que carezco de él. No he tenido valor para encadenarme. Estaba en mi derecho; usted me ha vigilado como si fuera su mujer, su amante ó su hermana. Se lo perdono, puesto que es una prueba de amor, según usted. Ha sorprendido usted un secreto, es usted un caballero, puesto que nada ha dicho. Sólo me he perjudicado á mí misma y no me casaré con nadie, sin confesar mi falta. Pero no me casaré. Busque otra mujer. Habrá muchas que estarán orgullosas de pertenecerle. Yo he tomado esta resolución; no seré de nadie.

—No. Las otras mujeres me inspiran horror; ¡es á ti á quien quiero!

Dió algunos pasos por la habitación y volvió hacia Germana.

—Dices que hay que concluir y tienes razón. Tu secreto me pertenece. Sé dónde has ido con el duque de Rochebonne, á Neuilly; sé cuándo ha venido aquí, cuánto tiempo ha permanecido en esta casa. Has sido su amada durante tres meses. Sé la mía durante ese tiempo y me callaré. No diré nada. Si me muero luego, habré disfrutado de la única felicidad que envidio. Después de ese tiempo eres libre.

—Eso que está usted diciendo es odioso.

—¡Crees que no lo sé! Soy vil, despreciable, sin corazón, sin alma; pero está dicho; este amor me hace capaz de todas las bajezas. ¿Quieres saberlo todo? He estado á punto de matarte más de diez veces en la tienda, delante del señor Perrolet, de ése que se oponía á nuestro casamiento. Estoy seguro. ¿Crees que se cambia en pocas semanas de fisonomía y de carácter, de sentimientos y de todo, sin que haya en nosotros un combate desesperado? Es amor, pero es nuestro enemigo. Has sido el mal, sé el remedio. Si no lo haces por bondad, hazlo por lástima; si no es por lástima, cede por temor. Antes me querías. Así me lo has dicho. ¿Por qué me engañabas? Por último, los razonamientos no sirven de nada. Hace tres meses que razono, y ya me parece que basta. Hoy, aunque esto sea una locura, una cobardía, una infamia, poco me importa, serás mía ó...

Se detuvo; no se atrevió á seguir. Su pensamiento le aterraba. Daba espanto verle. Sus facciones estaban contraídas, como si tuviera un acceso de locura. Pero Germana era valiente. Hubiera cedido por piedad; mas su orgullo se indignaba ante aquella amenaza.

—¡Acaba!— le dijo mirándole de frente.

—O no amarás á nadie— dijo él con un rugido salvaje.

—Mátame— gritó exasperada:— tienes el valor de amenazar á una mujer porque tiene la desgracia de no amarte. ¡Como si esto fuera un crimen! ¿Es que no soy libre para entregarme á quien me parezca y ser una mujer cualquiera si se me antoja? ¿Te importa á ti algo? Sí, le amaba á él porque era cortés, fino, galante; porque no tenía insolencias en la boca, porque no hablaba de venderme, no me insultaba; porque no me espionaba, porque no me amenazaba con darme de puñaladas, como los salvajes de tus montañas. ¡No, puesto que quieres saberlo, no seré tu mujer! ¡No seré tuya, ni como mujer ni como amante! Y si quieres saber por qué dejé de quererte, cuando estaba inclinada á ello, te lo diré; fué porque tuve miedo cuando se despertaron tus celos. Ahora puedes hacer lo que gustes. Hemos hablado bastante. Tengo que dormir esta noche; pues, pienses lo que quieras, tengo que ganarme la vida mañana, como ayer. El duque de Rochefort me ha ofrecido una cantidad cuando se separó de mí, y no cuando vino á hablarme de amor. He tenido la dignidad de no aceptar. Me entregué á él porque me gustaba, ¿lo oyes? Y ahora, adiós, señor Josselin, y acuérdesese de estas palabras: ¡No le conozco!

Estaba pálida por la cólera y por su orgullo herido. Josselin tuvo un remordimiento; la suplicó que olvidase. Se puso humilde, tierno; se puso de rodillas.

No le escuchaba, era inflexible.

Á las once y media se disponía á marcharse.



...se puso de rodillas. No le escuchaba,  
era inflexible.

—¿Es ésa su última palabra, Germana?

—Sí.

—¡Tenga usted cuidado! ¡Me vuelve loco!  
Ella alzó los hombros con desdén.

—Que sea lo que Dios quiera.

Josselin se marchó desesperado.

Al día siguiente volvió á ocupar su sitio en la caja; pero estaba tan pálido, tan lívido como un calenturiento; tanto, que el señor Perrolet, aunque no le quería mucho, se acercó á él.

—Si está usted enfermo—le dijo con amabilidad,—es preciso que se acueste; haré que le rempachen.

Rehusó. Era un malestar que se iría como había venido.

Durante todo el día trató de llamar la atención de Germana, pero no lo consiguió.

El bazar se cerró dos horas antes que de costumbre, para hacer los preparativos de la fiesta.

Á las diez se abrieron las puertas para los convidados del señor Bouret.

## XXIX

### UNA FIESTA EN UNA TIENDA

Las fachadas del bazar de San Germán resplandecían de luces. Era como una irradiación de meteoros en las calles vecinas.

Los bajos relieves de las paredes, los dorados de los pórticos, las cariátides grandiosas de la entrada principal, estaban inundadas de claridad. Guir-

naldas de fuego corrían sobre las cornisas del monumental edificio; las lámparas de mil mecheros de gas despedían reflejos de incendio por todos los costados de este palacio del comercio.

En el interior, las sederías, los lienzos, las diversas mercancías, los muebles, las cajas, habían desaparecido.

¿En dónde habían metido todos aquellos millones de objetos y cómo los habían transportado? No se podía adivinar. No quedaba nada. Parecía que un hada los había hecho desaparecer con su varita mágica.

Muchas veces nos admiramos del trabajo de esas bestiecillas que siempre se ofrecen como modelo de actividad y que se llaman hormigas.

Levantan montañas, cavan subterráneos, dibujan caminos y amontonan en sus graneros ó en sus cuevas provisiones enormes.

Es el número concertado por la unión lo que produce este milagro.

El almacén estaba convertido á la vez en sala de espectáculo ó de baile, sala de concierto y salón, pero ¡qué salón!, inmenso, monumental.

En las galerías que formaban las escaleras al reunirse en los rellanos, veíanse grandes tapices, como en otros tiempos los terciopelos y los tisues en los balcones de los palacios de Milán y de Florencia.

En los *panneaux* se veían jarrones raros y decorativos y cuadros de celebrados maestros, procedentes de la galería del señor Bouret.

Uno de los salones, el de la biblioteca, había sido convertido en *buffet*.

Era extraordinario el cúmulo de manjares y de botellas. Los cocineros del dueño habían echado